

Bernal Díaz del Castillo: entre el temor y el silencio

Guillermo Turner*

Introducción

En la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* hay indicios, y elementos no muy dibujados en torno a sentimientos de los conquistadores, que no son ni el valor personal, ni la fe en Dios Nuestro Señor y en Nuestra Señora.

El presente trabajo es un avance de un estudio en torno al miedo, que intenta ver en el texto de Bernal Díaz¹ no sólo una obra personal, sino la expresión de una colectividad más amplia a la que él pertenece.

Quiero aclarar que mi interés por el grupo español no pretende hacer menoscabo de la importancia de las culturas indígenas. Es éste sólo un enfoque que surge de considerar la escritura misma de la obra como dato histórico. No obstante, considerando que todo lo que dice el cronista y pasa por su pluma y su mentalidad, recurrimos tanto a los sentimientos de los españoles, como a los que expresa de los propios indios. Procedí a exponer el tema, comenzando por los términos «temor» y «miedo» que explícitamente empleó el autor. Algunas veces estos términos están relacionados con fórmulas más amplias vinculadas a ciertas informaciones recibidas —como son avisos, advertencias y amenazas. Sin embargo, en la obra estudiada no siempre se utilizan los términos «temor» o «miedo» para expresar dichos

¹ Este trabajo ha sido realizado a partir de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de la edición de Porrúa de 1942, la cual se basa en el manuscrito «Guatemala» y recurre también al manuscrito «Alegoría». Asimismo, he revisado la edición crítica de dicha obra, a cargo de Carmelo Sáenz de Santa María, editada por la UNAM, el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» del Consejo Superior de Investigación Científica de Madrid y la Universidad Rafael Landívar de la Nueva Guatemala de la Asunción de Guatemala, que contiene dos textos: uno basado en el manuscrito «Remón», el otro, en el «Guatemala».

*DEH-INAH.

sentimientos. Estos se expresan a veces por medio de otros términos, —como «triste» o «maldito». Recurrimos también a expresiones no explícitas de temor y miedo, pero relacionados con los sentimientos en cuestión, así como a ciertos relatos que los encierran.

Es esta diversidad de formas de abordar el tema del miedo y el temor, especialmente, la de tocarlo de manera muy tangencial y dispersa en el texto, lo que hace de la discreción y el silencio en torno al tema, un elemento presente en la crónica estudiada.

De propio puño

La obra del cronista está salpicada de términos o expresiones con cierta relación entre sí: como «medroso», «miedo», «espantados», «temor», «cortado de muerte», «atemorizar», «pavor», «alterados», etcétera. Pero, ¿en qué situaciones o bajo que condiciones se habla en el texto de esos sentimientos? Estos surgen entre indios y españoles, entre varios grupos indios y entre los españoles mismos. Es muy evidente, por ejemplo, el miedo que le tienen los indios a los conquistadores. Veamos:

Se les informa a éstos, por ejemplo, que los indios de Quiauiztlán, cerca de Cempoala, han huido al monte por miedo a ellos.² Los dos indios que llevan a Jerónimo de Aguilar a Cozumel, al ver a los españoles enviados por Cortés, «tuvieron temor y queríanse tornar a embarcar y hacer a lo largo con la canoa; y Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo que eran sus hermanos».³

Se registra que los indios de Tabasco están «espantados» después de la demostración de poder que hace Cortés con el caballo y una lombarda.⁴ En una ocasión, se señala que Cacamatzin, queriendo hacerse con el poder de los de México, instiga a sus principales, diciéndoles que no le tuviesen «miedo» a los teules.⁵ El autor, en uno de los capítulos finales, expone que el descargo de Pedro de Alvarado al enojo de Cortés por haber atacado a los mexicanos en su ciudad, es que «supo de cierto» que le iban a hacer guerra y que se «adelantó primero a dar en ellos porque estuviesen miedosos» y tuvieran que curar sus heridas.⁶

Son ya bien conocidos los pasajes en que se menciona que los indios «temían» a hombres como ellos, así como a los caballos y a las armas que traían: un caso es la huida de los indios de varios pueblos sujetos a Cataxtla.⁷

² Vol. I, p. 62. Ver también p. 147.

³ Vol. I, p. 102.

⁴ Vol. I, p. 118.

⁵ Vol. I, p. 311.

⁶ Vol. II, p. 386.

⁷ Vol. I, p. 143. Ver también p. 117.

Por su parte, son muy frecuentes las anotaciones sobre el temor que se tienen los diversos grupos indios entre sí. Ya al apresar Cortés a los recaudadores de Moctezuma, los caciques de Cempoala y Quiauztlán quedaron «espantados» y se vio que les «temían».⁸

De los dos mensajeros principales de Cempoala enviados para informar a los tlaxcaltecas que buscaban su amistad, se dice que los españoles los encontraron de regreso en el camino; después de escaparse de sus prisiones «vinieron tan miedosos de lo que habían visto y oído, que no lo acertaban a decir».⁹ En otro momento, Cortés le dice al Padre de la Merced —y Bernal Díaz lo redacta como un recuerdo muy vívido, como si Cortés lo estuviera diciendo en ese momento, esto es, a manera de cita— que los caciques de Tlaxcala deberían estar dispuestos a hacer lo que ellos mandaran «por causa del gran temor que tienen a los mexicanos».¹⁰

El cronista nos dice que los «caciques y reyezuelos» de Moctezuma, a saber, el señor de Coyoacán, el de Tacuba y el de Iztapalapa, después de haber conjurado contra su señor en favor de Cacamatzin y de ser éste aprendido, «le temieron» y no le venían a hacer palacio como solían.¹¹ En Texcoco llegan varios pueblos con Cortés a pedirle ayuda contra los escuadrones mexicanos y éste les dice que se alíen con los pueblos vecinos para enfrentarlos mientras llegan los españoles, «que si los mexicanos viesan que les mostraban cara y ponían fuerza contra ellos, que temerían».¹²

En la obra se habla igualmente del «miedo» que las poblaciones del rededor de Chiapa le tenían a los chiapanecas debido a que éstos acostumbraban esconderse en los caminos para asaltar a los indios mercaderes. Más aún, el cronista aclara que «habían gran miedo a los chiapanecas, porque ciertamente eran en aquel tiempo los mayores guerreros que yo había visto en toda la Nueva España».¹³

Cortés por otro lado, conociendo la situación de los miedos y temores entre los grupos indígenas, practica con frecuencia un discurso para darles consuelo y ánimos y para que enfrenten a los mexicanos. Así, después de su demostración de fuerzas en Tabasco, caso anteriormente señalado, calma a los del lugar y les dice que no tengan miedo alguno pues él ya les ha ordenado al caballo y a la lombarda que no hagan ningún daño.¹⁴ Lo mismo

⁸ Vol. I, p. 149.

⁹ Vol. I, pp. 186-7.

¹⁰ Vol. I, p. 222.

¹¹ Vol. I, p. 313.

¹² Vol. I, p. 461. Ver también vol. II, p. 34.

¹³ Vol. II, p. 134.

¹⁴ Vol. II, p. 118.

sucede con el cacique gordo y sus principales, después de que éstos se quejan por tener que entregar a los recaudadores de Moctezuma, veinte indios e indias para sacrificarlos a su dios de la guerra.¹⁵

Cortés halaga a los dos mensajeros enviados al real de Xicoténcatl porque «le pareció que habían perdido el miedo». ¹⁶ A los de Cholula les dice «que no tuviesen miedo ni anduviesen alterados». ¹⁷ A los de Tepeaca «que no hubiesen miedo» porque los perdonaba por los españoles que habían matado. ¹⁸ Y a los amigos que permanecían con ellos en las guerras de Tlatelolco, Cortés «les dijo que no tuviesen miedo», que eran mentiras las amenazas de muerte que les proferían los mexicanos. ¹⁹

En la *Historia verdadera*, varias veces se habla del «temor» sentido por Moctezuma ante los españoles. En una ocasión, nuestro autor parece considerar muy razonable su sentirse «asombrado y aun temeroso» por el hecho mismo de estar muy enterado de las guerras que han tenido los españoles en Champotón, Tabasco y Tizapancingo. ²⁰ También se habla del espanto —en el sentido de miedo— ²¹ que sufrió Moctezuma después de que Cortés se dirige a él —expresado esto en un amplio discurso directo— para acusarlo de haber ordenado la muerte de los españoles en Cholula y de amenazarlo directamente si no permanecía en el aposento de los españoles: «cuando esto oyó Montezuma, estuvo muy espantado y sin sentido». ²²

Del «temor» de Cuauhtémoc también se habla en varias ocasiones. En un caso, cuando Sandoval entra con los bergantines hasta sus casas, «Guatemuz tuvo temor no lo prendiesen o matasen», escapando en las piraguas. ²³ Posteriormente lo alcanza García Holguín y «cuando lo vio hubo miedo». ²⁴

¹⁵ Vol. I, p. 148.

¹⁶ Vol. I, p. 193.

¹⁷ Vol. I, p. 240.

¹⁸ Vol. I, p. 413.

¹⁹ Vol. II, p. 44.

²⁰ Vol. I, p. 251

²¹ En el siglo XVI «espanto» o «espantar» no sólo significa (tener) asombro o admiración. En esta época —y desde el siglo XIV— espanto o espantar es también una acepción para miedo. Esta polisemia es evidente en los diversos usos que hace Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Recojo en este trabajo casos de la acepción que nos interesan. Un ejemplo de «espanto» en cuanto a asombro, es el caso en que los conquistadores quedaron «espantados» después de que los de Tlaxcala les dijeron que los mexicanos sabían por su ídolo y antecesores, que «de donde sale el sol y de lejanas tierras» vendrían hombres a «sojuzgar y a señorear» (vol. I, p. 227-8).

²² Vol. I, p. 293.

²³ Vol. II, p. 60.

²⁴ Vol. II, p. 61.

Sorprende en la historia de Díaz del Castillo, que aparezcan tantas alusiones al temor y miedo de los propios españoles, así como descripciones de los sentimientos de los indios. Sin embargo, según registra, hay una serie de condiciones y atenuantes que aparentemente, a los ojos del autor, no van en detrimento de la imagen del grupo de españoles, al menos no de los conquistadores antiguos. Así por ejemplo, se menciona varias veces el temor de algunos españoles aislados o, bien, de grupos ajenos al de Cortés. De esta manera, se dice que la gente de Gil Gonzáles de Avila —quienes no pertenecen al grupo de los viejos conquistadores y con quienes además venía un indio de Cuba— «se espantaron» al ver venir una canoa en la que venía Gonzalo de Sandoval con varios españoles y tres indios.²⁵

El mismo Pedro de Alvarado, nos dice el cronista, tuvo «temor» del factor Gonzalo de Salazar por amenazarlo de muerte después de haber mandado a la horca a Rodrigo de Paz.²⁶

Hay un español, capitán y veedor de Pánfilo de Narváez, a quien Bernal Díaz no tiene mucha simpatía y llega a calificar de «cobarde» a pesar de ser muy fiero y de sus bramuras. Se trata de Salvatierra, de quien a la hora del enfrentamiento con Gonzalo de Sandoval, cerca de Cempoala, sus propios soldados dicen que nunca vieron a un hombre tan «cortado de muerte» y quien, cuando fingidamente se pregona la muerte de Narváez, dijo estar «muy malo del estómago».²⁷ Otra persona, seguramente no tenida como del grupo de los conquistadores, el artillero negro que llevaba Cortés en la guerra contra los de Chiapa, «cortado de miedo y temblando, ni supo tirar ni poner fuego al tiro, [...] hirió a tres de nuestros soldados».²⁸

La otra se refiere al temor que tuvieron los soldados de Narváez a los guerreros mexicanos. Se señala que camino a Huaquechula y a Izúcar ciertos indios los «atemorizan», diciéndoles que los mexicanos que los esperaban eran más que los de Otumba.²⁹ En otro momento del mismo capítulo, el autor se refiere a que fueron los «principales capitanes» de Narváez los que vivieron temor.³⁰

Existe también en la obra estudiada una forma muy particular de referirse a los sentimientos ya mencionados. Se trata de expresiones impersonales como «espantable» y o «temerosa», que remiten directamente a

²⁵ Vol. II, p. 215.

²⁶ Vol. II, p. 237.

²⁷ Vol. I, p. 374.

²⁸ Vol. II, pp. 136-7.

²⁹ Vol. I, p. 418.

³⁰ Vol. I, p. 420.

situaciones o cosas y no a personas. Estas expresiones de hecho no comprometen ni al propio Bernal Díaz ni tampoco al grupo de conquistadores. Hemos señalado en alguna otra ocasión la importancia que para nuestro cronista tiene el acto de escuchar, así para la guerra —el acecho al terminar el día— o por la atracción y novedad de los sonidos provenientes de las grandes concentraciones indígenas. Pues bien, el sonido de los «atambores» o «atabales» u otros instrumentos y gritos de los indios no pasan desapercibidos para él. En realidad, son sonidos que no recibe con mucha tranquilidad. En varias ocasiones se refiere a ellos como «cosa de poner espanto», si bien agrega que esto sería sólo «a quien no los conociera».³¹ En una ocasión el soldado cronista apunta: «tornó a sonar el atambor muy doloroso de Uichilobos, y otros muchos caracoles y cornetas, y otras como trompetas y todo el sonido de ellas espantable»,³² hay que señalar que éste se oía cada vez que se hacían sacrificios.

El término «espantable» se utiliza también para describir unos ídolos de «malas semejanzas que parecían dragones» y que derrocaron en Cempoal.³³ Lo mismo para una casa de ídolo en Tlaltelolco, cuya puerta tenía «una muy espantable boca de las que pintan que dicen que están en los infiernos con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas».³⁴ «Cosa de espanto» son asimismo la multitud de guerreros y de canoas que rodean a los españoles al huir de México³⁵ y la «rabia y esfuerzo» con que en Tacuba se metían en sus filas para echarles mano.³⁶ «Cosa de espantar» es la situación al enfrentarse a los chiapanecas, llenos los campos de ellos, y con buenas armas, dando «grandes voces y grita y silbos» y luchando con ellos «pie con pie».³⁷

Pero, más allá de hablar sólo de los sentimientos de temor de los españoles de una manera impersonal, nuestro cronista en una ocasión —de manera inesperada y no tan brevemente— se refiere a su propio temor. Más aún, utiliza un término que, por lo visto, no vuelve a utilizar en ninguna otra ocasión: el de «pavor». En él estos sentimientos están directamente relacionados con la posibilidad de morir, aunque más específicamente, de morir sacrificado. Vale la pena escuchar sus palabras:

³¹ Vol. II, p. 142.

³² Vol. II, p. 39.

³³ Vol. I, p. 161.

³⁴ Vol. I, p. 284.

³⁵ Vol. I, p. 390.

³⁶ Vol. II, p. 34. Ver también vol. I, p. 397.

³⁷ Vol. II, pp. 136-7. Ver también vol. I, p. 474. Para «temerosa» batalla, ver vol. I, p. 400.

Y como cada día veía llevar a sacrificar a mis compañeros y había visto cómo les aserraban por los pechos y sacarles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos, y se los comieron a las sesenta y dos que he dicho, y de antes habían muerto ochocientos cincuenta de los nuestros compañeros, tenía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para llevarme a sacrificar, y quiso Dios que me escapé de su poder, y acordándome de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán, que cantarillo que muchas veces va a la fuente, etcétera, y a este efecto siempre desde entonces temí la muerte más que nunca; y esto he dicho por que antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón y orinaba una vez o dos, y encomendándome a Dios y a su bendita madre y entrar en las batallas todo era una, y luego se me quitaba aquel pavor y también quiero decir qué cosa tan nueva les parecerá ahora tener yo aquel temor no acostumbrado.³⁸

y más adelante agrega:

Ya he dicho que ahora que por mí habían pasado todas estas batallas y peligros de muerte que no lo había de temer tanto como lo temía ahora a la postre; digan aquí los caballeros que de esto de lo militar se les entiende, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, y qué fin echarán mi temor, si es a flaqueza de ánimo o a mucho esfuerzo, porque, como he dicho, sentía en mi pensamiento que había de poner mi persona batallando en parte tan peligrosa que por fuerza había de temer entonces la muerte más que otras veces, y por esta causa temblaba el corazón, porque temía la muerte.³⁹

Existe otra dimensión en que Bernal Díaz plantea el temor vivido. Se trata del ámbito de grupo, se trata del temor sentido por todos, el temor de los conquistadores, en el cual, por supuesto, él queda incluido. Relata que en su primer viaje a tierra firme con Francisco Hernández de Córdoba, descubrieron en Campeche algo nunca visto ni oído: que en ese lugar parecía que los indios habían sacrificado varios indios a sus ídolos con el fin de ser derrotados los españoles; «temimos no hubiese alguna zalagarda como lo pasado de Catoche».⁴⁰

³⁸ Vol. II, p. 67.

³⁹ Vol. II, p. 68.

⁴⁰ Vol. I, p. 48. Ver también p. 395 y vol. II, p. 142.

En otra ocasión, los españoles se quedan espantados si, bien no debido a asuntos de muerte o guerra. Bernal Díaz apunta que hablando los caciques de Tlaxcala con Cortés, éste «estorbó la plática y metióles en otra más honda». Aquellos dijeron que los pobladores de México habían sido de cuerpos muy altos y de grandes huesos y como prueba, trajeron diligentes varios huesos y entre ellos un zancarrón que iba de la rodilla a la cadera y «tenía tan gran altar como yo, puesto que soy de razonable cuerpo», «y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra».⁴¹

Quiero mencionar que sólo en una ocasión se habla de «miedo» para referirse a los españoles en su totalidad. Este caso, sin embargo, aparece como una actitud mal entendida por los mexicanos y desmentida por el autor: «los escuadrones mexicanos [...] vieron que íbamos retrayendo de Xochimilco, creyeron que de miedo».⁴²

Cosas tristes y malditas

Ya hemos mencionado lo espantable que resulta para el cronista el sonido de los atabales y «atambores». Pues bien, en otros pasajes hemos encontrado el empleo de términos diferentes pero con un significado relacionado al de espantable. Este es el caso de los términos «triste» y «maldito». Veamos: refiriéndose a los mexicanos, el cronista dice «tañían el maldito atambor, que digo otra vez que era el más maldito sonido y más triste que se podía inventar, y sonaba [en] lejanas tierras, y tañían otros peores instrumentos». Hay que mencionar que en varios casos los instrumentos no sólo están relacionados con los sacrificios y la muerte, sino que también con «cosas diabólicas».⁴³

Respuestas de los conquistadores ante avisos, advertencias y amenazas

Comencé este estudio centrándome en los términos explícitos como «miedo» y «temor» o «espantable» que hay en el texto de Bernal Díaz. Pero en la obra también aparece toda una serie de formas estrechamente relacionadas con el significado de los términos mencionados. En varios casos, dichas expresiones, según los registros del cronista, aparecen vinculadas con lo que alguna persona o grupo había expresado previamente. Es decir, lo que él narraba era muchas veces una especie de respuesta no muy clara a algún

⁴¹ Vol. I, p. 227.

⁴² Vol. I, p. 488.

⁴³ Vol. II, p. 46. Ver también pp. 34 y 42-3.

aviso, advertencia o amenaza de alguien que se empieza a esfumar en la propia historia. Veamos un caso. Sobre el miedo de los indios, el texto nos dice cómo en Tlatelolco muchos de los indios —originarios de Tlaxcala, Cholula, Huejotzingo, Texcoco, Chalco y Tlalmanalco— dejaron a sus aliados españoles por «miedo» y porque «temieron» que a ellos los mataran los mexicas. Estos sentimientos se mencionan después de que Xicoténcatl, el Mozo, les ha dicho a los tlaxcaltecas que no quedaría ninguno de ellos con vida.⁴⁴

En cuanto a un grupo de españoles, que no son todo el grupo de conquistadores, el cronista señala que en Xochimilco los de a caballo «temieron» y se alejaron cuando éstos estuvieron cerca de los mexicanos y vieron que eran muchos.

Previamente está registrado que los mexicanos, con espadas españolas, los amenazaban diciéndoles que con sus propias armas los habían de matar.⁴⁵

Con relación a los sentimientos del grupo de conquistadores en su conjunto, dos veces se repite en la obra la expresión: «como somos hombres y temíamos la muerte». En una ocasión, se hace para explicar que todos se confesaron e hicieron penitencia toda la noche. Esto, justo después de que «se informó» por medio de dos mensajeros, que Xicoténcatl contaba con una enorme cantidad de guerreros, y de que tal noticia fue corroborada por varios indios capturados por los peninsulares.⁴⁶ En la segunda ocasión en que se repite dicha expresión sobre el temor, ésta se registra después de explicar por qué los conquistadores no podían dejar de pensar en la respuesta de los papas de Moctezuma: esto es, en que su Uichilobos los dejaría finalmente pasar a México para allí poderlos matar. Este asunto se aborda en la obra también después de que los de Chalco y Huejotzingo les han «avisado» a los españoles del peligro.⁴⁷

Sobre el sentimiento general de temor de todos los conquistadores, Bernal Díaz dice que tuvieron «temor» cuando al huir de México supieron que los campos estaban llenos de guerreros esperándolos. Esto, después, una vez más, de que oyen decirselo a los indios que les sirven de corredores.⁴⁸

⁴⁴ Vol. II, p. 44.

⁴⁵ Vol. I, p. 480.

⁴⁶ Vol. I, p. 193.

⁴⁷ Vol. I, p. 258.

⁴⁸ Vol. I, p. 399.

Amenazas que hacen desmayar

En la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, también aparecen advertencias y amenazas que van seguidas de términos diferentes a «miedo», «temor» o «espanto», los cuales, sin embargo, por la manera de usarlos, son similares al significado de los términos mencionados. Estos términos son «desmayo» y «desmayar». Veamos algunas de estas expresiones.

Cuando los mexicas, aventándoles piernas y brazos de indios y españoles a los tlaxcaltecas y «les decían “Comed de las carnes de esos teules, y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos de ellos, y eso que nos sobra podéis hartaros [...] que todos los veréis sacrificados”», Bernal Díaz comenta entonces: «las palabras de amenazas que decían a nuestros amigos los tlaxcaltecas eran lastimosas y tan malas, que les hicieron desmayar».⁴⁹ En un caso análogo en que los mexicanos les echan diez cabezas de españoles al grupo de Sandoval, diciéndoles que son de Cortés y de Alvarado y que así les iba a suceder a ellos, nuestro cronista no afirma que los españoles desmayaran, pero señala que dicho capitán mandó que todos mostraran ánimos y no desmayaran.⁵⁰

Rastros de temor y miedo

En la obra de Bernal Díaz aparecen también avisos, advertencias y amenazas que aunque no están ligadas con términos que signifiquen o se relacionen con el miedo o el temor, nos permiten suponer la presencia de dicho sentimiento. Lo importante es aquí el recuerdo de esas expresiones por parte del autor, y la repercusión que pudieron haber tenido en los sentimientos de los conquistadores, de lo cual no quedan más que ciertos enunciados en la obra. Estas expresiones son tanto de indios como de españoles y se dirigen a españoles como a indios. Veamos algunos casos: un grupo de tlaxcaltecas y otros dos aliados de Cortés —de Chalco, Tlalmanalco, Chimalhuacán o Amecameca— le advierten —lo cual aparece a manera de cita—: «... Del gran Moctezuma hemos sabido que su Uichilobos [...] les aconsejó que os dejen pasar, y desde que entréis en México que allí os matarán, [...] no os dejarán con las vidas».⁵¹ Y en un pasaje más adelante, se dice «y teníamos muy bien en la memoria las pláticas y avisos que nos dijeron los de Huejotzingo y Tlaxcala y Tamanalco, y con otros muchos avisos que nos habían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habían de matar desde que dentro nos tuviesen».⁵²

⁴⁹ Vol. II, p. 40.

⁵⁰ Vol. II, p. 37.

⁵¹ Vol. I, pp. 256-7.

⁵² Vol. I, p. 262. Ver también pp. 240, 254-5, 413 y 443.

A veces se ha perdido en la obra la procedencia de lo que los españoles escuchan en torno al peligro de muerte y que, sin embargo, registra el cronista. Así, el autor apunta «supimos muy de cierto» que cuando Moctezuma se enteró de que los españoles continuaban su camino a México, consultó a su ídolo Uichilobos si debía dejarlos entrar y que le contestaron que sí, para matarlos, hacer sacrificio con ellos y tener «hartazgos». ⁵³ Más adelante, escribe «oimos decir que tornó a entrar con sus papas en ayunos y sacrificios que hicieron a sus ídolos para que se tornasen a ratificar que si nos dejarías entrar en su ciudad o no, [...]. Y la respuesta que los tornó a dar fué como la primera, y que de hecho nos deje entrar, y que dentro nos mataría a su voluntad». ⁵⁴

Los mismos españoles, al menos algunos de ellos, le hacen advertencias a Cortés y al resto del grupo en cuanto a la forma más conveniente de actuar frente a los peligros. Por ejemplo, un grupo de conquistadores, los que habían dejado en Cuba casa y repartimientos de indios, quiere convencer a los demás para regresar. Con sus advertencias les dicen que van a terminar siendo todos sacrificados si permanecen en esas tierra. ⁵⁵ En otro momento, en camino a México, cuatro capitanes y doce soldados cercanos a Cortés, incluyendo nuestro cronista, «le dijimos que mirase [...] las palabras y avisos que por todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado que había aconsejado el Uichilobos a Montezuma que nos dejase entrar en su ciudad y que allí nos matarían». ⁵⁶

Son varios los avisos que se dan entre indios de diferentes grupos o entre los diversos grupos indígenas en que se habla de la muerte de los españoles y que Díaz del Castillo no olvida registrar. Es bien conocido el suceso en el que una india de Cholula le explica a doña Marina el plan para matarlos «y no quedase ninguno de nosotros a vida». ⁵⁷ (El propio Moctezuma le avisó a Cortés de la situación en que se encuentran los españoles, lo cual es anotado a manera de cita.) ⁵⁸ Cuauhtémoc, por su parte, «les envía decir» a varios pueblos que no quedará con vida ninguno de los españoles. ⁵⁹

En la obra se dan varios tipos de amenaza. A veces éstas aparecen como sin efecto alguno, es decir, como si fueran incapaces de provocar el temor de los españoles. Así, refiriéndose a las palabras de los ídolos de los mexicanos

⁵³ Vol. I, pp. 247-8.

⁵⁴ Vol. I, p. 250. Ver también pp. 134-5.

⁵⁵ Vol. I, p. 204.

⁵⁶ Vol. I, p. 287.

⁵⁷ Vol. I, pp. 242-3.

⁵⁸ Vol. I, p. 390.

⁵⁹ Vol. I, pp. 487-8. Ver también vol. II, p. 53.

sobre la muerte de los de Castilla, nuestro cronista señala: «y según ellos decían [...] les hacían en creyente que a todos nos habían de matar».⁶⁰ Más tarde, al huir de México, los mexicanos les gritaban «“Allá iréis donde no quede ninguno de vosotros a vida”. Y no entendíamos a qué fin lo decían».⁶¹

Son muchas y muy diversas las amenazas de los indios a los españoles que parece que al autor no le merecen un mayor comentario. Diré solamente que estas expresiones están cargadas de intimidaciones y son difíciles de pasar por alto como las de las cabezas cortadas de sus compañeros, sacrificios y hartazgas.⁶² Pero las amenazas de los indios que llaman más la atención, son las recordadas por Bernal Díaz de tal manera que su registro es detallado como si estuviera escuchándolos al momento de escribirlas. Así, los tlaxcaltecas cuando aún no habían hecho las paces con los españoles, por medio de mensajeros «les decían “Ahora hemos de matar a esos que llamáis *teules* y comer sus carnes [...]”».⁶³ En Tacuba, los escuadrones mexicanos aventándoles cinco cabezas de españoles les «decían “Así os mataremos como hemos muerto a Malinche y Sandoval y a todos los que consigo tratan, y estas son sus cabezas, por eso concedles bien”».⁶⁴ De la misma manera echándoles las cabezas de diez soldados les «decían “*Tlenquitoa*, rey Castilla, *Tlenquitoa*” que quiere decir en su lengua: “Qué es lo que dice ahora el rey de Castilla”».⁶⁵

Relatos de temor y agradecimiento

Después de considerar las constantes referencias a los miedos y temores de indios y españoles, es que cobran mayor significado los pormenores con que muchas veces se relatan temas como el de sacrificios, descuartizados y la antropofagia a la que se enfrentan los conquistadores. Es interesante en este sentido el relato que introduce el autor cuando narra la subida a Quetzaltenango de Pedro de Alvarado y sus soldados señalando: «en la cumbre del puerto hallaron una india [...] que era hechicera y un perro de los que ellos crían, que son buenos para comer, que no saben ladrar, crucificados», «ques señal de guerra o desafío».⁶⁶ (Por cierto, la frase «ques señal de guerra o desafío» está tachada en el manuscrito Guatemala, —no en el Remón. Es de suponerse que se trata de un borrón del propio Bernal Díaz o, bien, de su hijo Francisco. No se sabe por qué.)

⁶⁰ Vol. II, pp. 42-3. Ver también vol. I, p. 330.

⁶¹ Vol. I, pp. 398-9.

⁶² Ver vol. I, pp. 384, 467, vol. II, pp. 35, 36, 54, 84 y 144.

⁶³ Vol. I, pp. 186-7.

⁶⁴ Vol. II, p. 34.

⁶⁵ Vol. II, pp. 54-5. Ver también vol. I, pp. 208 y 395.

⁶⁶ Vol. II, pp. 1223.

Este breve pasaje hace preguntarnos ¿qué tantas señales de desafío vieron los españoles en su trayecto a México o hasta ser consumada la conquista? Podemos detectar algunos intentos para decifrar señales. En la huida de México es muerto Botello, conocido entre los conquistadores como astrólogo, de quien más tarde se encontraron sus apuntes. En ellos, nos dice nuestro autor, se lela lo siguiente: «“Si me he de morir aquí en esta triste guerra en poder de estos perros indios”. Y decía en otras rayas y cifras más adelante: “No morirás”. Y tornaba a decir en otras cifras y rayas y apuntamientos: “Sí morirás”. Y respondía la otra raya: “No morirás”. Y decía en otra parte: “Si me han de matar, también mi caballo”. Decía adelante: “Sí matarán”». ⁶⁷ No aparece ningún comentario posterior sobre el suceso. Resulta natural que los españoles exclamen de la manera en que lo recuerda el autor: «y decían entre nosotros: “¡Oh gracias a Dios que no me llevaron a mí hoy a sacrificar!”». ⁶⁸

Como consideraciones finales quiero señalar varias cosas. Llama la atención la manera en que se usan los términos «temor» y «miedo». Este último predomina claramente cuando la obra se refiere al sentimiento de los indios y nos parece que en general encierra una actitud peyorativa hacia quien lo vive. Posiblemente esté relacionada con el huir sin decoro. El término «temor» predomina ampliamente para el sentimiento español, pero también se usa cuando se trata de grupos indígenas o caciques que lo generan entre ellos. Esto ya nos plantea un posible uso de los términos en función de jerarquías. No obstante, a veces ambos términos se utilizan para el otro grupo. En estos casos, «miedo» para los españoles y «temor» para los indios cuando se trata de sucesos no consumados o de afirmaciones desmentidas.

Parece haber un uso más de esta inversión de términos: cuando el autor tiene simpatía por quien vive el sentimiento en cierto momento. Así, Cuauhtémoc tuvo miedo, y el gran Moctezuma vive temor, excepto en una ocasión: ante su captura, en que expresa miedo, suceso que además posiblemente así le es relatado a nuestro cronista por el captor.

Más allá del uso de los términos, los indios tienen miedo de situaciones, como del enemigo; los conquistadores viejos en cambio, sólo de las situaciones de peligro y de la muerte.

En la obra resulta constante la forma de diálogo entre avisos, advertencias y amenazas de los indios con los sentimientos de temor de los españoles.

⁶⁷ Vol. I, p. 398.

⁶⁸ Vol. II, p. 40.

Parece ser que lo que dicen los indios con relación al futuro de las guerras tiene un efecto considerable en el ánimo de los conquistadores, lo cual en la obra estudiada es expresado de una manera muy discreta. ¿Recordarlo de otra manera ponía en peligro el honor personal o empañaba la fama de los conquistadores?

El miedo que registra el autor, de los indios aliados debido a las amenazas de muerte de los mexicanos, afecta de una u otra manera a los propios españoles. Dichas amenazas son aplicables a ellos.

Dar gracias a Dios puede encerrar sólo el sentimiento religioso de agradecimiento del momento en que se recuerda y se escribe el suceso, pero también puede encubrir un vestigio de un sentimiento ante el peligro de muerte y de una muerte aterradora como la del sacrificio.

Considero que muchos sucesos vividos y recordados inicialmente con gran emotividad fueron transformados en un momento posterior —previamente o durante el proceso de escritura— en una sobria muestra de valor, méritos y fama memorable.

La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* parece que debe en parte la riqueza de sus numerosas descripciones de formas de morir en los sacrificios —tanto de españoles como de indios—, de cuerpos destazados y de las «hartazgas» de los indios, no sólo a que se trata de una relación que aspira a la verdad de cada momento, sino también a que dichos asuntos encierran la preocupación y el temor constantes vividos por el autor y su grupo durante los años de conquista, sentimientos que habrían de quedar desdibujados en toda historia de conquista que ostentara el rango de verdadera.